

EL MUNDO

POLITICA ARANCELARIA

Nuestro comercio exterior

Los intereses perdurablemente privilegiados en este régimen de iniquidad económica, que constituye la normalidad en España, fuerzan al Poder público, al cual, por desgracia para la Patria, dominan—cualesquiera que sean los hombres y los partidos en quienes encarne—a elevar desmesuradamente el Arancel, para proseguir sin freno la explotación del consumidor español a que, durante la guerra y los años sucesivos, se han aficionado.

Lo conseguirán, sin duda ninguna. Son los más fuertes; mejor aún, son los únicos fuertes. Es imposible la defensa; los Gobiernos que no se les someten son eliminados. Y aun contradiéndolos resulta un poco quijotesco; es quebrar una lanza, con daño propio, por una causa desesperada.

De su triunfo están seguros los intereses privilegiados; y al consumidor le tocará sencillamente pagar más caro y desahogar su indignación con vanas declamaciones contra la carestía de la vida.

Pero aquéllos, además de cosechar el fruto, pretenden que se les dé la razón y se reconozca que es justo que medren a costa del sacrificio de sus restantes conciudadanos. La pretensión es excesiva.

No desechan por malo ningún argumento. El que con más ahinco ponen ahora en circulación es el sacado de la famosa teoría de la «balanza comercial».

Durante el primer semestre de 1920—últimos datos publicados—dicen hemos importado más y hemos exportado menos que en igual plazo de 1919; la «balanza comercial» nos ha sido desfavorable en 140 millones. Hay, pues—añaden—que elevar los derechos arancelarios para impedir la «invasión» de mercancías extranjeras.

La «balanza comercial» es una frase funesta, sólo utilizada ya para defender malas causas económicas. La teoría mercantilista ha costado ríos de sangre a los pueblos. Pero emplearla en este caso como un argumento en favor de la elevación de los derechos arancelarios, sólo demuestra la tranquilidad con que los intereses apelan hasta al absurdo.

La balanza mercantil no es desfavorable—en el supuesto de que lo sea, porque las valoraciones son caprichosas e infundadas—porque hemos exportado poco; la baja principal es en artículos manufacturados.

Hemos exportado poco indudablemente, porque hemos producido más caro que se está produciendo ya en los lugares de donde el consumidor extranjero se surte.

El remedio está, pues, en producir más barato. Y se propone la elevación de derechos arancelarios, cuya consecuencia es producir y vender más caro.

Otro tanto puede decirse de la importación, Hemos importado más porque en el extranjero co-

mienzan a vender más barato que nuestros industriales nos venden. El remedio es que los nacionales vendan más barato. Se piden, sin embargo, mayores derechos aduaneros para vender más caro.

Y es que no se trata de atenuar una crisis industrial, cuyo verdadero origen es la carestía; sino de mantener los precios de la guerra, precios de escasez y de monopolio, a costa del enflaquecido y torturado pueblo español, aun sabiendo que el estrago originado por la permanente explotación, será cada vez más hondo.

¿Han sido un mal para el país esas mayor importación y menor exportación durante el primer semestre de 1920? Examinando específicamente las partidas correspondientes, se ve que ha sido un bien y que esas corrientes comerciales responden a necesidades y conveniencias notorias de España; hasta el punto de que contrariándolas, como se pretende hacer, se inferirá un daño a la Patria y se acrecentará la crisis actual.

Los principales aumentos en la importación han sido: nitrato de sosa, de 10.805 miles de pesetas, en 1919 a 19.049, en 1920; pasta para papel, de 1.864 a 3.564; madera ordinaria, 6.674 a 11.768; ganado mular, de 984 a 2.469; maquinaria agrícola, de 3.450 a 8.343; locomotoras y tender, de 2.269 a 3.327; buques, de 4.752 a 20.134; bacalao, de 14.081 a 18.937; trigo, de 34.452 a 58.221; maíz, de 1.367 a 12.046.

¿Cuál de esas importaciones puede decirse que ha sido nociva para el país? ¿A cuál de esas mercancías se le quiere dificultar la entrada? ¿Al nitrato, para que carezca de ese abono la agricultura? ¿A la madera, para que se acaben de agotar nuestros bosques? ¿Al trigo, para que suba aún más el pan? En realidad, no se va contra esas mercancías.

Se habla genéricamente del exceso de importaciones, sin determinarlas, para utilizar el pretexto en favor de otras de las cuales la importación no ha crecido, pero en las que se aspira a eliminar hasta la débil competencia que hoy sufren para fijarles precios de explotación.

Veamos en qué hemos exportado menos:

Tejidos de algodón, de 37.537 a 21.854 miles de pesetas; de punto, de 10.002 a 5.850; mantas, de 13.755 a 1.197; ganado vacuno, de 837 a 123; pieles sin curtir, de 9.612 a 5.189; curtidas, de 20.193 a 1.545; calzado, de 15.597 a 4.277; naranjas, de 32.511 a 20.600; aceite de oliva, de 56.302 a 30.886; vino tinto ordinario, de 72.156 a 54.917.

Cada una de esas partidas sugiere muchas consideraciones. Pero, omitiéndolas, y aun en el supuesto de que nos fuera conveniente estimular la exportación de las más de ellas, ¿se aumentaría su exportación elevando los derechos arancelarios para la importa-

ción? Evidentemente, no; cuando se utiliza como argumento se confía demasiado en la inocencia y la ignorancia del país.

Ni siquiera como postura para discutir tratados de comercio es aceptable. En el actual momento a nadie perjudicaría más una guerra de tarifas que a España. La elevación de derechos aduaneros, además, y aun sin guerra de tarifas, acarreará automáticamente una disminución en la exportación de aquellos artículos—vinos, naranjas, pasas, alinendras, etcétera,—que no son de consumo indispensable; porque siendo el comercio internacional un cambio de mercancías por mercancías, dificultando la importación, baja automáticamente la exportación.

El Arancel que se elabore bajo la presión actual, es contra el consumidor y contra la agricultura. Se aspira a mantener la carestía de la guerra, aislándonos del movimiento de baja universal. Esto además de ser una injusticia, es una demencia; en la situación actual del mundo y de España, es la mayor locura política que se puede cometer.

Sin embargo, se cometerá. Los consumidores están desorganizados; los partidos llamados liberales, temen el enojo de los privilegiados; las Corporaciones obreras, vacilan y callan. España es un rebaño sin pastores; el lobo viene.

Baldomero ARGENTE.

CUERPO JOVEN

Son tus labios unión de dos páneles, y de tu luz las encendidas rosas, resplando son de libras mariposas que a ellas van, como van a los rosales.

Son tus dientes fresquísimo e iguales, modelos de gemadas injurias, y el caer de tus risas luminosas es un caer de luces tropicales.

Las anforas magníficas del seno fungen un incensario de asenas lleno donde reprime la pasión sus llamas.

Y al tocar de tu cuerpo los primores, tu carne tiembla, como almeandro en flores al posarsele un pájaro en las ramas.

Salvador RUEDA.

Desahucio original

Santander.—Uno de los guardias que hacen servicio en el paseo de Pereda, vió descender de un árbol de los jardines a dos hombres a quienes detuvo.

Ante el juez declararon que son filipinos y extripulantes de un buque que les había dejado en Santander.

Como no tenían dinero para costear una habitación, decidieron habilitársela en la copa de un árbol, y, al objeto, colocaron una especie de hamaca, recubierta con ramas, hojas y lona para resguardarse de la lluvia.

A los dos filipinos se les desahucio, colocándoles todo el mobiliario en la calle.

HERNANDEZ
BRAGUERO ESPAÑA
de D. J. Campos
Médico Ortopédico
30 pesetas.
Lo mejor conocido
En Cuenca: Droguería San Julián,
Calle del Agua, 22.
En Madrid: Augusto Figueroa, 8.



La vida fácil

De las aldeas salen a bandadas los vecinos para establecerse en las capitales de provincia y de éstas emigran a las grandes poblaciones núcleos importantes de personas adineradas.

No es sólo el rico labrador y el acudalado rentista quienes sienten la necesidad de mejorar sus condiciones de vida trasladándose a los populosos centros; también el obrero del campo y el que dispone de modestos recursos económicos abandona los pueblos rurales para engrosar el número de los habitantes de las ciudades.

La vida en los pueblos agrícolas es muy triste. Como Robinson, cada individuo tiene que proporcionarse lo que necesita, sin ayuda ajena. En la vieja cabaña hay que almacenar el alimento para todo el año, renunciando a los caprichos que pudieran apetecer un estómago delicado, al lujo en el vestido y al confort en las habitaciones.

Alguna visita al lugar donde se celebran mercados, rompe la monotonía del vivir sencillo, primitivo y patriarcal. Entonces, el labriego de la pobre choza, el de las austeridades domésticas, ve un mundo nuevo, atrayente y seductor. Los obreros ganan buenos jornales trabajando pocas horas; pasan los ratos de ocio en el café, en el bar, en la taberna; visten y calzan con algún decoro; sus habitaciones tienen ciertas comodidades que no presentan las del pueblo; ¡bah! un corral de vacas—y cuando vuelve al lugarejo el hombre campesino envidia hasta el que barre las calles de la Ciudad hermosa.

Quizá la ilusión de acumular un puñado de duros de fuerza a trabajar más para antes trasladarse al *eden* de sus fantasías; quizá la impaciencia rompe toda previsión y hace vender lo heredado o adquirido a costa de numerosas privaciones y de grandes virtudes.

Si el labriego trabaja con doble afán es para gastarlo luego en la Ciudad, no para embellecer la choza, ni para mejorar las fincas, ni para permitirse lujos en la alimentación y en el abrigo del cuerpo. Mientras este en el pueblo pobre, continuará siendo un miserable!

Que es cierto, rara vez la fantasía, humo del entendimiento, encuentra lógica correspondencia en la realidad.

El hombre de la aldea, Rey y Soberano, no necesita de nadie; se basta a sí mismo, tiene una independencia que vale tanto como el más grande imperio. Le mortificarán los chismes de la vecindad, la envidia de los impotentes, los odios del fracasado, las iras de los ineptos, las injurias del vago y del vicioso; pero a todas esas malas pasiones contesta presentando el ejemplo de sus actos y el trabajo le recompensa de agravios y de injusticias.

En la Ciudad le aguarda la holganza y la espera la esclavitud. Su brava libertad se encadena en artificiosa civilización que anula la libertad individual. No tendrá pan, cuando en huelga se declaren los que lo «fabriquen», y generalmente se lo darán adulterado, caro y con falta de peso; la carne, al día, le costará a precio de oro; el agua, la luz, la leña, es dinero, y a veces con dinero abundante, no se puede adquirir.

La capital de España, porque en breve tiempo ha carecido de agua, estuvo en peligro de morir de inmundicia, de peste, de asco!

El trabajo en las ciudades no depara bienestar mayor que en el campo. Salarios de seis, de ocho, de diez pesetas en ocho horas? Si; pero un día porque huelgan los sastres, otro a causa de que no es-

tén conformes los albañiles, al siguiente por solidaridad con los herreros, ya porque llueve o porque nieva, porque es fiesta o porque la salud no puede estar asegurada, las pesetas del jornal se reducen a reales o a céntimos.

¿Dónde, pues, radica la vida fácil, el sosiego del cuerpo y la paz del espíritu?

En la aldea, en el cultivo del campo, en el laboral continuo e independiente, en el oficio en que de nadie se depende y se hace subordinado a todo el mundo.

Pero la aldea es triste; exige vocación muy firme y renunciaciones dolorosas a quien ella se mantiene.

Llevemos al lugar campesino notas de alegría, acentos de fraternidad, un poco de amor, algo de justicia social y conseguiremos sostener la vida fácil para los que vegetan en las chozas labriegas y anegará la farsa en que se anegan las ciudades, que se estremecen en convulsiones de rabia, de odio y de anarquía a impulsos de los latigazos del hambre.

PHILIPPO.

ALAS ROTAS

En los Casinos suele censurarse, y muchas veces, con frases duras, la tendencia general a la holgazanería. «Nadie quiere trabajar!» o «trabajan tan poco!» son los tópicos manidos de esos Catones implacables. Y observo que, casi siempre, los flageladores de lo que ha dado en llamarse el *vicio nacional* son holgazanes incorregibles, que no trabajaron nunca, que viven de las rentas que otros producen con su esfuerzo, que «merodean» alrededor de todas las labores, sin tomar parte jamás en ninguna, y que a lo más barajan los naipes, de donde, cual nueva roca de Flore, brota a raudales el «mantant» de la vida para esos seres afortunados. (1)

«Nadie quiere trabajar!» Sólo el cinismo de los vagos puede afirmar tan manifiesto error. Trabajan todos mucho, cuanto pueden, y si la generalidad del grandioso ejército del trabajo se queja de algo, es de no poder trabajar todavía más. Porque cuanto se allega con la labor «decente» es insuficiente para atender a las necesidades; cada vez mayores, de la vida.

La mujer, recluída hasta hace poco en el hogar, se ve arrastrada también al trabajo y a la industria. Le es forzoso poner a contribución su energía física para reunir recursos con que salvar el déficit casero. En la inmensa colmena son necesarios hasta los esfuerzos de los débiles.

Y yo veo—dando el más solemne mentís a los vagos declamadores contra la vagancia ajena, a los oradores (?) de Casino—todas las mañanas, a las siete, un grupo numeroso de muchachas, que no llega ninguna a los veinte años, penetrar en la fábrica a *tejer alambre*, para salir a las doce, volver a la tarea a la una y concluir a las siete. Total diez horas. «Trabajan tan poco!», pueden exclamar de nuevo los que no trabajan nada, fuera de derrochar las cosechas que otros producen, o los que «beben» el agua purísima de los juegos prohibidos.

¡Diez horas tejiendo alambre! Diez horas de tensión física, de agotamiento de energías, de encierro en locales fríos y tal vez antihigiénicos. Pero hay que vivir; y para vivir decentemente, se emplean las muchachas en faenas enervadoras y debilitantes. Se gana así, no importa a costa de cuántos sacrificios, la vida.

Las muchachas, capullos que muchas no llegarán a rosas, van a la fábrica resignadas, tranquilas,